

LAS VUELTAS DE LAS HOJAS

Era una hoja grande y brillante, de entre las miles aferradas al nogal del jardín de la casa, árbol especialmente querido por la familia. En verano, brindábamos en conjunto una tupida sombra que aprovechaban los niños para jugar y los grandes para intercambiar mate y charlas en la siesta. Pero en el curso del otoño hacia el invierno, caí inevitablemente como otras, dejando tronco y ramas al desnudo, alzándose al cielo.

Siempre supe que mi destino sería terminar de morir en una bolsa de residuos. Pero me equivoqué.

En aquellos días, Martina y Luis, se sentaron bajo el árbol y comenzaron a hablar del amor y sus problemas.

Yo tenía algo de vida todavía, algo de savia corría aún por mis venas y mi tallo, que se decoloraba en tonos cobre aunque mis bordes persistiesen todavía verdes.

Luis, por azar me levantó del suelo y jugó conmigo. Entre palabra y palabra, me dio un pequeño mordisco cuya cicatriz aún conservo. Martina me tomó de las manos de Luis, besó mi herida y luego sin darse cuenta, en un gesto me dejó caer de nuevo.

Finalmente escuché que discutían, que se estaban despidiendo para siempre. Martina se fue, y Luis, apesadumbrado, se quedó mirando el suelo. Entre todas las hojas desparramadas, me reconoció y dejó sus labios un largo rato donde me había besado Martina. Fui a parar a las páginas de un ejemplar de El Principito, un regalo de Martina cuando se conocieron en el secundario, y allí quedé.

Languidecía, el polvo de los años me asfixiaba, perdí el brillo y mi perfume tan característico. Cierta día, alguien que tomó prestado el libro, al encontrarme, se deshizo de mí. Fui arrastrada por el viento de techo en techo, de calle en calle, supe de brisas, de tormentas, y finalmente terminé en la vereda de una casa junto a otras varias hojas desconocidas.

Una niña, nos observó, eligió a tres de nosotras y nos puso en su carpeta de biología.

En la hora de botánica el profesor Luis preguntó si habían traído las hojas para estudiarlas. Casi todos levantaron sus manos mostrándolas. Mientras explicaba, el profesor me tomó de la mano de la niña que se había sentado en primera fila. Comenzó a detallar mis partes y al mirarme detenidamente, me reconoció. Supo que fui encontrada en la vereda. Me di cuenta de que no podía creerlo, guardó silencio un momento acariciándome. Después retomó la clase y al final, me guardó en el bolsillo.

La niña nunca supo que el profesor Luis sonreía cuando llegó a su casa y sorprendido le dijo a su mujer: ¡Martina mirá lo que encontré!